

Economía política: una introducción crítica

Título original en portugués:

Economia política: uma introdução crítica

José Paulo Netto y Marcelo Braz

São Paulo: Cortez Editora, 2008, 260 pp.

La trayectoria de José Paulo Netto y de Marcelo Braz, reconocidos docentes de Trabajo Social brasileño, se ha caracterizado por su amplia producción académica, a la cual se suma *Economía política*, una introducción crítica que, a través de diez apartados, busca “[...] fortalecer las bases para la comprensión del trabajo social, como profesión inscrita en la división social y técnica del trabajo, en el marco de la sociedad capitalista” (p. 200).

En la introducción, los autores retoman el desarrollo histórico de la economía política, trazando el origen de su corriente clásica en el siglo XVII y su ampliación en el siglo XVIII en cabeza de Smith y Ricardo. Esta propone la teoría del valor-trabajo, según la cual el valor es producto del trabajo, por lo tanto la riqueza social habría que analizarse en la producción de los bienes materiales, más que en su distribución. La crítica a la economía política surgirá con Marx, evidenciando el carácter histórico y transitorio del modo de producción capitalista, y por ende la posibilidad de su superación. A partir de las elaboraciones de los clásicos, como la teoría del valor-trabajo, y con el materialismo histórico-dialéctico como método, Marx analiza las leyes del movimiento del capital, y su predominio sobre las relaciones sociales en el marco de la sociedad burguesa. Desde allí, se identifica que el objetivo de la economía política es estudiar las relaciones sociales que rigen la actividad económica de producción y distribución de los medios que permiten la satisfacción de las necesidades de los seres humanos.

En el primer capítulo, los autores discuten sobre la sociabilidad del ser humano a partir de la categoría *trabajo*. En el trabajo el ser humano se diferencia del resto de seres orgánicos y se constituye como ser social. El trabajo implica la transformación de la naturaleza para la satisfacción de las necesidades humanas. Dicha transformación es posible a través de

la mediación de los instrumentos que el ser humano crea. En el acto de transformación de la naturaleza —que además implica una previa ideación— el ser humano se transforma a sí mismo. Estas particularidades del ser social alimentan las formas de objetivación primaria (el trabajo) y secundarias (el arte, la ciencia, la filosofía y la religión), es decir la praxis humana. En el marco de una sociedad donde tiene vigencia la división social del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción, la relación del trabajo entre los seres humanos y sus obras, de creador y creación, se invierte, pasando la creación a dominar al creador, dando pie a la alienación. Adicionalmente, la economía política encuentra que en el trabajo radica el valor, es decir, la riqueza social.

En el segundo capítulo, a partir de la caracterización de categorías propias de la crítica a la economía política, como fuerzas productivas, medios de producción, división social del trabajo, relaciones de producción y modo de producción, los autores introducen la centralidad de la producción en el análisis económico: si bien el proceso económico se compone tanto de la producción como de la distribución y el consumo, la primera se hace determinante en la medida en que establece las condiciones materiales que dan orden a la sociedad. Al tener tal comprensión se puede seguir el proceso histórico por el cual las distintas formaciones sociales se organizaron entorno al excedente económico, regido por la producción y diferenciado por sus formas de distribución. Con estos presupuestos, los autores analizan las transiciones económicas, políticas y sociales ocurridas entre los distintos modos de producción: el comunismo primitivo, el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo.

La mercancía es el centro de reflexión del tercer capítulo, donde se identifica que esta es una unidad que sintetiza el valor de uso y el valor de cambio, y su

producción está condicionada por la división social del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción. El desarrollo histórico de los modos de producción mercantil ha pasado por tres momentos; los dos primeros son: la producción mercantil simple y la producción mercantil comercial. Los autores cierran este apartado señalando el “fetiche de la mercancía”, gracias al cual la mercancía pasa a dominar las relaciones entre los seres humanos.

En el cuarto capítulo se explicita el hecho de que el modo de producción capitalista, al tener como objetivo principal el lucro, se fundamenta en la explotación del trabajo, lo cual es demostrado a partir del tercer tipo de producción mercantil, la producción capitalista. En esta, el capitalista tiene un dinero (D) con el que compra mercancías (M) (medios de producción y fuerzas productivas), que se transforman en dinero incrementado (D'), y que se resume en D-M-D'. En este proceso la fuerza de trabajo produce un valor adicional que no le es retribuido, es decir la plusvalía, aquel valor excedente del que el capitalista se apropiá. En la no retribución total del trabajo producido por el trabajador, debido a la apropiación por parte del capitalista, se sustenta el argumento de la explotación por parte del segundo en su búsqueda del lucro.

Las expresiones de la acumulación del capital —a partir de la apropiación del excedente— son el eje del quinto y el sexto capítulos. En la reproducción de cada ciclo de producción se da la acumulación del capital. Con cada fin del ciclo, el capitalista se ha apropiado de la plusvalía del trabajador, y por ello la reproducción capitalista es sobre todo la reproducción de relaciones sociales donde al finalizar un ciclo y comenzar otro, unos son poseedores de los medios de producción y otros solo son poseedores de su propia fuerza de trabajo. Por ello se enuncia que la “cuestión social” se basa en la ley general de la acumulación capitalista, que no es más que la acumulación de riqueza en un polo, y la acumulación de miseria —y demás rasgos de pauperización— en el otro, lo que priva las condiciones necesarias para la realización de toda la humanidad.

El séptimo capítulo desarrolla la evidencia de las crisis capitalistas dentro de sus ciclos económicos. Un ciclo en el capitalismo se compone de crisis, depre-

sión, reanimación y auge. Las crisis pueden deberse a la propia dinámica no planeada de la producción global, a la tendencia a la caída de la tasa de lucro de los capitalistas, e incluso a la poca capacidad de consumo de los contingentes de trabajadores. Generalmente, las crisis mezclan estas y otras razones, en la medida en que en el proceso económico las mercancías producidas no son consumidas por la sobresaturación y el subconsumo. Lo grave de las crisis es que al determinar la vida material de las personas, afectan predominantemente a la población trabajadora de la sociedad, pues las crisis son benéficas para las empresas que disputan espacios y sectores de la economía. Esto evidencia la contradicción fundamental del modo de producción capitalista: la contradicción entre producción socializada y apropiación privada, que no es otra cosa que la contradicción entre las clases, y por ello su campo de disputa.

El imperialismo, como un nuevo periodo en la historia del capitalismo, es objeto de ampliaciones en el octavo capítulo. Desde finales del siglo XIX, este periodo vio nacer los monopolios modernos comandados en su mayoría por el capital financiero, siempre bajo la premisa de altas tasas de lucro. El imperialismo se caracteriza por la alta concentración de la producción y de capital, por la fusión del capital industrial y el capital bancario, dando origen al capital financiero, por la exportación de capitales —más allá de las mercancías—, por la formación de asociaciones internacionales monopolistas, y por la disputa territorial del globo entero entre las principales potencias capitalistas. El capitalismo del tiempo monopolista vivió una fase de “tres décadas gloriosas” (entre 1945 y 1975), cuando las crisis fueron menos demoledoras debido a la regulación del Estado, y sobre todo cuando se presentaron tasas muy altas de crecimiento. Pero a pesar de la alta exportación de capitales, de la regulación sobre la inflación y de la organización de la producción del trabajo industrial —el fordismo-taylorismo—, las propias contradicciones del sistema capitalista impusieron límites al crecimiento, y en el año de 1975 se desató una nueva crisis económica que rompió con las “tres décadas gloriosas” y generó nuevas dinámicas entre los monopolios, las empresas más pequeñas, el Estado y la sociedad civil.

En el último capítulo, los autores denotan algunos de los principales rasgos del capitalismo contemporáneo, que a partir de la crisis de los años setenta asume una postura de mayor ofensiva, lo que configura la reestructuración del capital: la reestructuración productiva, la financiarización y la ideología neoliberal. Estos rasgos, nocivos para la mayoría de la población del planeta, han generado el aumento de las tasas de desempleo, la tercerización, la reducción salarial, el combate a los movimientos de trabajadores, la criminalización de la pobreza, entre otros rasgos. Si se les preguntara a los autores qué hacer ante un contexto tan abrumador, comandado por el monopolio, el capital financiero y su forma neoliberal, ellos responderían que son precisamente estos los factores que agudizan las contradicciones de este modo de producción, lo que al tiempo “[...] crea las condiciones necesarias para su substitución por otro orden societario, capaz de efectivamente instaurar —sin comillas— un mundo nuevo” (p. 238).

Como se puede observar, el texto de José Paulo Netto y Marcelo Braz brinda elementos para la comprensión de las categorías de la (crítica a la) economía

política, las cuales tienen una enorme vigencia para entender los fenómenos económicos, políticos y sociales que caracterizan la contemporaneidad de la sociedad capitalista. Respecto del Trabajo Social, este texto es pertinente para la comprensión del escenario global en que se encuadra la profesión (a partir de la develación de su lugar en la división social y técnica del trabajo) tanto en sus desarrollos históricos como en sus propuestas epistemológicas, lo que al mismo tiempo evidencia el escenario político del quehacer, y por lo tanto el propio carácter político de aquel que lleva a la reflexión permanente sobre los marcos políticos y éticos dentro de los cuales el Trabajo Social asume su lugar en la sociedad. En síntesis, es un texto que, con un lenguaje claro y amable, sirve de base para situar los actuales debates ontológicos, ético-políticos e históricos de la profesión.

DIEGO FERNANDO AGUDELO GÓMEZ

Estudiante de IX semestre

Carrera de Trabajo Social

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá